

solemnidad con que Rueda asume su destino, explica su falta de sentido para la sátira, pues tanto el sentido satírico como el humorístico están ausentes de su poesía. Si de algo peca su estro, es de exceso de alabanza. Rasgo que en modo alguno merece censura.

Sencillo, enemigo de toda ostentación, con un hondo sentimiento de lo popular, parco, modesto. Odió siempre el ansia de lujo de los estetas. Torpe e inhábil en el trato social, mostró en cambio una noble capacidad de gratitud hacia aquellos que le dispensaron algún favor. Pero todo ello no quiere decir que a Rueda no le gustara verse festejado como poeta y que no le doliera el olvido cuando éste recayó, aún en vida, sobre su persona. Quizá, como señala Cuevas, y sin que una cosa contradiga a la otra, por ese deseo de reconocimiento, por timidez y orgullo al mismo tiempo, «se comprende en un hombre humilde y sencillo como él, ese exceso de autoestima —síntoma evidente de inseguridad—...»

El ya señalado sentido populista de Rueda, explica algunas de las características de su poesía. Como Rueda necesita la admiración del pueblo, escribe para ser entendido por todos, en el tono retórico del que nuestro pueblo es tan devoto.

Pero hay que señalar que la parte más extensa de su ensayo la dedica Cuevas al estudio de la obra poética de Rueda. En cierto modo, y como se estableció que la biografía del poeta explica en gran medida su poesía, ésta no constituye más que el corolario de los apuntes biográficos y de carácter que ya se han señalado. Pero a esos rasgos debemos añadir algunos más. Entre ellos, su pitagorismo, es decir, su sentido del canto o de lo musical en la poesía. Rueda es, evidentemente, un poeta zorrillesco, pero con algo que el poeta castellano no tenía: sensibilidad ante la naturaleza. Rueda canta los aspectos grandiosos de ésta; pero también sabe ver y cantar sus aspectos más humildes y delicados. Es más: Rueda será siempre en el fondo un poeta romántico, con un romanticismo que modula desde las notas más tópicas y grandilocuentes de los poetas más vacuos de esta escuela, hasta los más finos tonos becquerianos. Y confieso que es esta capacidad para cantar lo humilde y lo pequeño lo que más atrae de su obra. En este aspecto puede decirse que ha sido un precursor, y no es precisamente García Lorca el que menos le debe.

Otro aspecto interesante de Rueda es su «filosofía» erótica. Si Campoamor resulta a veces cursi, Rueda, en cambio, trata el tema con una ingenua sinceridad que nos resulta simpática. Para él la relación sexual tiene una dimensión cósmica, órfica si se quiere, mística y panteísta también. La gazmoñería de su tiempo, la hipocresía de los bienpensantes —recuérdese las famosas cartas de Valera con ocasión del *Himno a la carne*— no fue capaz de apreciar en toda su hondura este aspecto de su poesía. La mujer es para Rueda el paradigma de la belleza terrena. Lo curioso es que sus biógrafos nos dicen muy poco acerca de su vida amorosa.

Muy certera nos parece la evocación spinozista en relación con lo que constituye el meollo del panteísmo de Rueda. Si la naturaleza es creadora —*natura naturans*— y la criatura es «*natura naturata*», parece obvio deducir que en la medida en que el poeta se adhiere a esta concepción, su vinculación con el catolicismo se detenía en sus manifestaciones puramente estéticas. Pero hay más, pues como escribe Cuevas, «la historia y la cultura, obra de la actividad proyectante y plasmadora del hombre» se concibe también

dentro de esta dimensión. Por ello, «desde esta nueva vertiente, ocupa un lugar importante en la lírica de Salvador Rueda el tema de las raíces geográfico-culturales del hombre, que lo sitúan en un contexto histórico llamado "patria"».

Así, su idea de España se ve ampliada por su concepción de la Hispanidad. Pero al mismo tiempo, esta idea de una patria grande no es antitética con la afirmación de su condición de malagueño, lo que explica que algunos, con evidente injusticia, sólo sepan verlo como poeta regionalista.

También señala Cuevas, como aportación novedosa que convierte a Rueda en un adelantado del futurismo, el hecho de que el poeta fuera capaz de considerar como temas poéticos a toda clase de inventos útiles.

Por otra parte, Rueda estaba convencido —él mismo podría servir de ejemplo— de que «el poeta nace». Y es lógico que Rueda pensara así dada su propia circunstancia. Pero Cuevas insiste en señalar que hay que desechar toda idea de espontaneísmo e improvisación en los poemas de Rueda. Es más; tiene especial interés en destacar su soporte ideológico. «Reflexionando en lo dicho —escribe—, comprendemos cómo, aunque la poesía de Rueda no se caracterice especialmente por sus contenidos conceptuales, sí brota de una visión filosófica del mundo y de la vida.»

También existía en Rueda un marcado afán perfeccionista, pero su capacidad creativa —y así tiene que reconocerlo Cuevas— era infinitamente mayor que sus propósitos perfeccionistas, no siempre servidos por un gusto depurado y seguro. «No pidamos a Rueda la glacial perfección parnasiana, ni el rigor del poeta metafísico, ni la exquisitez del Modernismo más quintaesenciado. Lo suyo es expresar el pánico dinamismo de la vida en versos coloristas y orquestales... El estudio estilístico de Rueda —como el de cualquier otro poeta— ha de hacerse desde la perspectiva de su propio ideal estético.» Y en otro momento, también escribe: «Toda su obra se sustenta, en efecto, sobre lo que podríamos llamar sensorialismo trascendental, en virtud del cual intenta aprehender la esencia de las cosas a través de esos signos».

Estos son, por así decirlo, los rasgos específicos de la poesía de Rueda. Quien busque en él otro tipo de poesía, ciertamente no la hallará. No tiene sentido, pues, repudiarlo por ello.

Por otra parte, Cuevas rebate la afirmación de Max Henríquez Ureña que considera que la revolución poética del malagueño no había sido «más que un reflejo de la obra de Rubén Darío». Lo cierto es que Rueda era consciente de que la poesía española de su tiempo había llegado a un punto muerto y que por ello era necesario, y con urgencia, una renovación. Aunque de forma fragmentaria y asistemática, él mismo pone las bases teóricas en *El ritmo*. En él, Rueda se muestra ansioso de crear una nueva polimetría, pues no le satisface ya el octasílabo y endecasílabo tradicionales. Rueda disputó siempre a Rubén la paternidad de sus hallazgos y en sus poemas pueden encontrarse todos los metros más típicos del Modernismo. En resumen, Cuevas resuelve esta cuestión sentando que mientras Rubén se inspira en la métrica francesa, Rueda continúa las líneas de la tradición métrica española. Y entre los resortes fundamentales de su poesía, Rueda privilegia los efectos musicales del ritmo, que se obtienen sobre todo mediante el acento.

No podía faltar una referencia al soneto, del que Rueda fue *muy devoto*. Cuevas coincide con todos los críticos, que fue en este metro en el que Rueda, obligado a limitar su natural exuberancia, alcanzó sus mejores logros poéticos.

Tampoco comparte Cuevas la extendida opinión —la sustenta Cossío, por ejemplo— de que Rueda fuese un poeta «naturalista». Y todo se deduce de las razones anteriormente resumidas.

Y en cuanto a la ya tratada relación con Rubén, ésta hay que entenderla como una convergencia y como una divergencia al mismo tiempo. Convergencia que viene determinada por el helenismo estético, por la visión panteísta de la naturaleza, por la revolución métrica; convergencia que alcanza su mayor grado de aproximación en 1892. La divergencia se producirá no sólo por motivos estéticos sino por derivaciones de talento humano. En Rueda existe una entrañable solidaridad con los hombres, que se expresará de una forma elemental, pero que le arranca de toda impasibilidad parnasiana. Y esta solidaridad se extiende también a las demás criaturas de la naturaleza. A su manera, Rueda es un poeta esencialmente «impuro». Por todo ello, Cuevas concluye que «la poesía de Salvador Rueda es el resultado de la asimilación de muy distintas influencias, entre las que el Modernismo ocupa, sin duda, lugar de privilegio».

Dedica Cuevas la última parte de su trabajo al estudio de las influencias y valoraciones estéticas. En cuanto a lo primero, en los años de su máxima potencia creadora, Rueda ejerció una gran influencia. Luego, por las causas ya señaladas, sobreviene sobre la figura de Rueda como una sombra que lo relega a un progresivo olvido, de modo que muchos poetas que han recibido su influencia, sienten rubor a la hora de reconocerla. Entre ellos, tal como se indicó, hay que señalar al mismo García Lorca y a otros poetas del 27. Pero fue a partir de la guerra civil cuando se produce como un definitivo ocaso de su prestigio. No obstante, el profesor Cuevas cree que estamos en los inicios de una recuperación, que se acelerará en la medida que ésta se vea acompañada por una cuidadosa labor de investigación, la cual está en verdad toda por hacer.

En lo que se refiere a las características formales, Cuevas señala que «tal vez la forma más evolucionada del sensorialismo estético de Rueda se halla en la sinestesia». La misma relevancia tiene la metáfora, que es, en opinión de algunos críticos, el aspecto de más validez estética de la lírica del poeta malagueño.

En cuanto al léxico, recogiendo la opinión de Clarín, Rueda posee riqueza, variedad y naturalidad; aunque deba reconocer el profesor Cuevas que el resultado artístico no siempre es feliz. En Rueda faltó siempre el sentido de la proporción, agregando, para terminar, que «aunque pocas composiciones de Rueda puedan considerarse irreprochables, tampoco hay ninguna que carezca de destellos interesantes, siendo muchas las que cautivan y conmueven por su belleza».

Antonio Romero Márquez